

DOMINGO III DE CUARESMA

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:

• San Lucas Lc 13,1-9

“Dios siempre nos da otra oportunidad”

Achacarle a Dios el mal del mundo

El evangelio que leemos este domingo relata unos hechos trágicos que ocurrieron en tiempos de Jesús. El **primero un crimen sangriento**: el de un grupo de galileos que fueron masacrados y muertos por la guardia de Pilato, en el templo de Jerusalén. El **segundo un accidente mortal**: el de la muerte de dieciocho personas aplastadas por hundimiento de una torre o pilar que se estaba construyendo para la conducción del agua en Jerusalén. Dos tragedias como tantas de las que ocurren cada día en nuestro mundo.

Ante esas situaciones la gente reacciona achacándoselas a Dios. Para los fariseos el bienestar y la desgracia son lo que Dios nos manda según uno se porte bien o mal. Esta era la falsa imagen de Dios que había en tiempos de Jesús y, tal vez con alguna rebaja, sigue siendo el modo de pensar de muchos cristianos que, cuando pasan por un mal o una desgracia, dicen: “¿Que le habré hecho a Dios para que me mande esto”? Pero, esa no es la postura de Dios. Nosotros si, nosotros “el que la hace la paga”, y claro... creemos que Dios también actúa así. Y se lo enseñamos a los niños: “No hagas eso que te va a castigar el Señor”. Pero, ese no es el Dios que predicó Jesús.



Jesús no ve las desgracias como castigo divino, sino como oportunidad de conversión

Jesús se opuso radicalmente a la creencia farisea según el cual la suerte adversa del hombre es consecuencia inmediata del pecado. Una vez, ante un niño ciego de nacimiento (Jn 9,2-3), le preguntaron a Jesús: ¿quién pecó él o sus padres? Jesús contestó: ni peco este ni sus padres. La suerte adversa del hombre no es castigo directo de Dios por el pecado.

En el evangelio de hoy Jesús no intenta dar una respuesta religiosa, ni histórica, a las dos desgracias que le cuentan. Jesús se niega a poner en relación las desgracias de la vida con castigo de Dios: “¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no”. La tragedia de los galileos que mató la guardia de Pilato y la de los que mueren aplastados por la torre, no son un castigo de Dios. Esas tragedias forman parte de la vida, de la limitación de la naturaleza y de la debilidad del hombre. Jesús lo único que



hace es sacar una enseñanza práctica para la vida de cada día: la necesidad urgente de **convertirse**, porque no sabemos ni el día ni la hora, porque si no nos convertimos no hay esperanza para después de la muerte.

Luego ya... si eso...

A veces pensamos que siempre hay tiempo para cambiar, de convertirnos quizás el año que viene, mas tarde, ya veremos... cuando me jubile y tenga más tiempo... No podemos jugar al escondite con Dios y mucho menos con la vida. Jesús quiere que no desaprovechemos este momento de gracia que se nos concede, nos invita a tomarnos la vida con responsabilidad

Jesús se niega a esa relación de las desgracias con el castigo de Dios, pero acto seguido dice: *“si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”*. Las desgracias propias y ajenas, los acontecimientos de cada día, el sufrimiento de los demás, la injusticia... son ocasiones no para echarle la culpa a Dios de lo que ocurre, sino para cambiar nuestra vida.

La parábola de la higuera estéril

Termina Jesús con una parábola: la del que tenía una higuera en su viña y, como no encontraba fruto en ella, pensó en cortarla, pero a instancias del viñador le da otra oportunidad. Así es nuestro Dios, NO SE CANSA NUNCA DE ESPERARNOS. SIEMPRE NOS DA OTRA OPORTUNIDAD. Tendríamos que aprovecharla, no por miedo, sino por amor a quien tanto nos quiere y tanto nos espera. De momento sigue brillando la paciencia divina. Pero no es cuestión de aplazar la conversión indefinidamente y responder: *Mañana le abriremos... para lo mismo responder mañana!* porque: *“si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”*.

¿Cuántas veces ha venido Dios a buscar fruto a la higuera de mi vida sin encontrarlo? ¿Será necesaria una poda en mi vida para que se renueve y revitalice?

Inconscientemente solemos tener una imagen de Dios equivocada, si las cosas nos van bien es que nos portamos bien con Él. Y si nos salen mal pensamos que se deberá a que algo hemos hecho mal... Como si fuera Dios quien enviase el mal al mundo... ¿Se parece nuestra imagen de Dios a la del Padre que siempre da una nueva oportunidad o es el Dios de: “el que la hace la paga”?